

José Consuegra*

El estudio de la teoría del desarrollo y de los problemas del subdesarrollo debe abarcar, a mi entender, la inquietud científica del economista latinoamericano. Hasta hace poco para nosotros no existía una verdadera ciencia económica. Todo lo que como tal se estudiaba y practicaba, vale decir el conocimiento teórico y la aplicación de conductas que generosamente podríamos calificar de políticas económicas, formaba parte de un legado formal, de una economía política prestada, trasplantada o importada. La teoría económica, que respondía exclusivamente al enunciamiento de fenómenos económicos de condiciones históricas, políticas y especiales de los países europeos, la recibían nuestros estudiosos, ya en las universidades foráneas o a través de famosos tratados, para recitarlos más tarde con pureza e ingenuidad ejemplares. Más aún, se aceptaba cándidamente la universalidad de unas teorías que sólo respondían a las interpretaciones de un momento histórico y de los intereses de los países dominantes. [...] Inclusive la estrategia teórica del desarrollo económico —de la división del trabajo— se amplió también en un modelo a escala internacional que sirvió para describir claramente los supuestos comentados: lo que allí se presagiaba como equitativo, respaldado por el análisis “científico” de la especialización internacional del trabajo, de costos comparativos, etc.,

* Del Departamento de Investigaciones Económicas de la Universidad de Cartagena y editor de la revista *Desarrollo Indoamericano* (Barranquilla, Colombia). La presente versión fue ligeramente abreviada.

sólo servía para explicar y fundamentar teóricamente la división del mundo entre países industrializados y países coloniales o productores de materias primas. Y hace pocos años la llamada nueva teoría económica del capitalismo, que pomposamente se autodenominó teoría general (y que era simplemente la pretendida respuesta de los investigadores a una situación anormal, con soluciones a corto plazo a crisis endémicas propias del sistema en aquellos países denominados centros cíclicos, que en el período de preguerra, ante la realidad del desempleo de los recursos, contemplaban el derrumbe de las creencias de los ajustes espontáneos o de la idealización del equilibrio), se pregonó con ribetes de panacea universal, sin preocuparse por la discriminación entre economías e intereses que hoy resultan antagónicos [...]

[...] Como decía un pensador nuestro, hay necesidad de escribir la Economía Política de los países subdesarrollados. Y, para el caso de América Latina, esa Economía Política significa el estudio científico de las causas históricas de su situación actual, y la formulación de las teorías valaderas para su desarrollo. Naturalmente el supuesto anterior no puede interpretarse de manera subjetiva, imaginando que los investigadores previa y aisladamente se dediquen a armar modelos teóricos que ulteriormente servirían de moldes para el logro de determinados objetivos. Nuestra concepción es dinámica y dialéctica [...]

[...] Hasta ahora han dicho con claridad los economistas latinoamericanos —y me refiero a los científicos, a los revolucionarios, y no a los que ostentan un simple título académico, no a los seguidores y repetidores de teorías foráneas— que el desarrollo de nuestros países supone la superación de los obstáculos de origen externo que integran las estructuras predominantes. Más aún, ya existe una abundante literatura que describe detalladamente dichas estructuras y analiza las incidencias en sus economías. En el campo interno, los estudios de la tenencia de la propiedad territorial y de la concentración del capital son abundantes, lo mismo que los cálculos de los desperdicios de los recursos naturales y humanos disponibles. En el externo, las estadísticas de las repatriaciones de capitales, de exportación de utilidades, de mermas de ingresos por modificaciones unilaterales de los precios —al imponer un solo agente las tarifas de compra y de venta— en las mercancías intercambiadas, etc., son tan exactas y abundantes que nadie puede ya ignorarlas. Cada uno de estos hechos agranda la cadena de eslabones negativos que gravitan sobre las estrechas posibilidades en las condiciones del momento. Lo cual permite deducir que sólo superando las características actuales podrán obtener resultados diferentes.

Pero podría preguntarse: ¿cuál es el camino? Y aunque al economista le sería fácil escudarse, declarando que esa respuesta corresponde

al político, porque su función se limita a la denuncia de la problemática y a la demarcación de supuestos económicos, la nueva concepción del desarrollo es tan amplia que involucra todas esas inquietudes. De ahí que las preocupaciones de los pueblos sometidos y expoliados cedan ante la prioridad del desarrollo. Porque resulta tan completo y humanístico el nuevo concepto del desarrollo, que al lado del aspecto del crecimiento económico, aparece el social, el político, el cultural y hasta el espiritual. Ahora, cuando los economistas latinoamericanos hablamos de teoría del desarrollo desbordamos el viejo planteamiento del crecimiento económico puro, para pensar, además, en toda una ideología que responde a las aspiraciones del hombre, ya como ser consumidor de bienes materiales, ya como ente pletórico de ansiedades espirituales [...]

[...] Para el caso concreto del estudio científico del desarrollo, nosotros decíamos recientemente que en la América Latina la causa de la situación actual de sus países tenía que estudiarse a través de las diferentes etapas del capitalismo. Al imponerse a sus pueblos esas modalidades propias de un sistema económico plasmado en otras áreas y exportado para conveniencias ajenas, en vez de servir de fuerza positiva impulsadora del desarrollo, más bien actuó como instrumento distorsionador. Así, el período mercantilista de la gran expansión comercial cristalizó en una conquista despiadada que aniquiló los recursos humanos y sucionó las riquezas minerales; más tarde, el industrialismo liberal, determinó las condiciones de centros consumidores de manufacturas y exportadores de materias primas. Por su parte la llamada etapa financiera, de la exportación de capitales, inició la gran explotación de los recursos internos para su procesamiento en el exterior, puesta de manifiesto en nuestros días con el aprovechamiento del trabajo y de la riqueza que se escapan hacia los países dominantes como tributo a una técnica impuesta y a una supuesta utilización de sus capitales.

El conocimiento de todo ese proceso y el análisis de su incidencia en la formación de las condiciones presentes, complementado con el estudio de la realidad estructural actual, constituyen el material que el investigador y el teórico desarrollista latinoamericano está utilizando como fuente objetiva para poder formular científicamente los enunciados del desarrollo de sus países. Naturalmente —y esto sí puede ya presagiarse— tal desarrollo no será posible dentro de los marcos de un sistema —el capitalista— que ha sido, en la forma y modalidad como se impuso en estos territorios dependientes, el origen del atraso, del sometimiento y de la extensa gama de problemas estructurales mencionados. Sólo una nueva organización social —concretamente la de un sistema socialista— que coloque al hombre latinoamericano en condiciones de expresarse en

su cualidad creadora y de aprovechar para su propio servicio los recursos ingentes que la naturaleza le prodiga, podrá permitir que el desarrollo integral supere no sólo las desventajas económicas, sino que aporte, además, las nuevas condiciones políticas, sociales, culturales y espirituales que hoy regatean los países que nos dominan y que nos menosprecian [...].